



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 52.

JUEVES 25 DE FEBRERO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

CUENTOS MORALES: Zuma ó el descubrimiento de la quinina, por madama de Genlis.—LOS PIRATAS MANOANOS.—ORACION AL AMANECER, por Adolfo Miralles de Imperial.—EL PANGOLIN DE AFRICA.—ENRIQUETA DE FRANCIA.—EL TEMPLO DE LOS INCAS.

CUENTOS MORALES.

ZUMA Ó EL DESCUBRIMIENTO DE LA QUININA.

(CONCLUSION.)

Los jueces habian recibido órden de no emplear tormentos y de no buscar ningun cómplice: mandaron que se alejara Ximeo y que condujeran á la cárcel á los dos esposos. El médico de la condesa apareció y fue interrogado; declaró que habiendo la enfermedad de la condesa resistido á los remedios mas eficaces y presentando los síntomas mas extraordinarios, no habia podido menos de concebir ciertas sospechas; que la accion de Zuma, no dejando la menor duda acerca de la atrocidad de su intento, le habia confirmado en la idea de que la esclava perversa habia hecho tomar á la vireina un veneno lento; y que despues, viéndose separada del servicio de sus aposentos, y temiendo que la juventud de la condesa y los cuidados que se le prodigaban, triunfaran del veneno administrado poco á poco, habia querido consumir su crimen con una dosis escensiva.

Al escuchar esta declaracion se estremecieron los jueces horrorizados y condenaron al momento por unanimidad de votos á los dos esposos, como confesos y convictos del crimen de envenenamiento, á morir en aquel mismo dia, á las doce entre las llamas de una hoguera. Los hicieron entrar de nuevo en la sala para que oyeran su sentencia. Mirvan dió muestras del valor mas heroico. Zuma se arrojó á sus pies y le dijo: «Te he perdido, y ese es mi único remordimiento; ¡oh! perdóname...—Levanta, le contestó él, no acusemos la barbarie de nuestros jueces; consuélate, Zuma; los tiranos que nos condenan nos libertan de un yugo

horrible; dentro de algunas horas no seremos ya sus esclavos.»

Estas palabras conmovieron hasta al insensible Azan, que exclamó: «Mirvan no temas por tu hijo; mas le tengo que querer que si fuera mio.»

Eran las nueve de la mañana, cuando dieron órden de disponer la hoguera.

La vireina estaba moribunda; el médico anunció al conde que ya no habia esperanza, que era imposible que soportara tres ataques mas de fiebre y que dentro de seis ó siete dias no existiria ya. El virey y Beatriz ambos desesperados, no podian abrigar ideas de clemencia; por otra parte, mirando á Zuma como al monstruo mas execrable que habia producido la naturaleza, no experimentaban la menor compasion hacia ella. El conde mandó tan solo que ofrecieran su perdon á Mirvan, si queria confesar sinceramente su crimen. «Decid al virey, contestó Mirvan, que, aunque me prometieran la vida de Zuma, no conseguiria que mis labios pronunciasen una palabra mas.»

El virey no quiso encontrarse en Lima durante la ejecucion. Se marchó á una casa de campo situada á media legua de la ciudad, con intencion de no volver hasta la noche.

El desventurado Ximeo meditaba en vano mil proyectos diferentes, que tenian todos por objeto salvar á Mirvan y á Zuma; hubiera deseado reunir á sus amigos, pero durante toda la semana, los indios fueron observados y contenidos de tal modo, que ni siquiera pudo conversar en secreto con Azan y Thamir. Por medio de una proclama se ordenó que asistieran todos los indios á la ejecucion. Estaban sin armas; la guardia española fue doblada, y se colocó alrededor de la hoguera; además doscientos soldados debian escoltar á las desgraciadas víctimas. Fue preciso someterse. Ximeo desesperado, tomó en el fondo de su alma la resolucion de arrojarle á la hoguera con sus hijos.

Mientras que toda la ciudad consternada estaba esperando tan funesto espectáculo, la vi-

reina, ignorando tan trágico suceso, se hallaba en la cama, mas débil y sufriendo mas que nunca. La agitacion de cuantos la rodeaban era estremada desde las seis de la mañana; y por fin notó que sucedia algo. Hizo varias preguntas, conociendo claramente que Beatriz le ocultaba alguna cosa. Beatriz salia á menudo del aposento para ir á llorar con libertad. En uno de estos momentos, interrogó la condesa á una de sus doncellas; le mandó con tanto imperio que le dijera la verdad, que la doncella le contó todo, añadiendo que Zuma y Mirvan, lejos de negar su crimen, se habian vanagloriado de él. La sorpresa de la vireina fue igual al horror que le inspiró tan horrible revelacion. «¡Oh misericordia suprema, exclamó entonces, voy á invocarte con mas confianza!»

Al punto ordenó que fueran á buscar una camilla descubierta; mientras tanto, se levantó con ayuda de sus doncellas, se cubrió con un vestido de muselina y á pesar de los lloros y los gritos de las damas españolas y de Beatriz, que habian acudido, se echó en la camilla, llevada por cuatro esclavos y cubierta por un parasol de tafetan que llevaba otro: acostada de este modo y el rostro cubierto con un velo blanco, mandó que la condujeran al sitio de la ejecucion.

¡Daban las doce!... En aquel mismo momento Mirvan y Zuma, cargados de cadenas, salian á pie de la cárcel para ir al último suplicio. Zuma, que apenas se podia sostener, se apoyaba en los brazos de un sacerdote, conducida por dos soldados; un gentío inmenso se agolpaba á verla pasar. Entre la multitud, distinguió á Azan que llevando á su hijo en brazos, se lo enseñaba de lejos. Al verlo, lanzó un grito desgarrador, un grito maternal, que resonó en el fondo de todos los corazones, y recobrando sus fuerzas, se desasíó de las manos del sacerdote y de los soldados y se lanzó á donde estaba Azan: la desventurada, al dar á su hijo el último beso, no pudo contener sus lágrimas. «Zuma, le dijo en voz baja Azan, recobra valor; considera que tu muerte es una venganza

que va á hacer nuestro secreto todavía mas inviolable.—No me hables de venganza, contestó Zuma; ¡oh! ¡si pudiera salvar á la vireina!...

Nada mas pudo hablar, porque los soldados la volvieron á coger: la infeliz creyó morir cuando le quitaron á su hijo: le pareció que en aquel mismo instante hacia el sacrificio de su vida.

Se pusieron de nuevo en marcha: la hoguera no distaba ya mas que sobre unos trescientos pasos. En aquel momento una lúgubre trompeta anunció que las víctimas se acercaban, y dieron lumbre á la hoguera que estaba cubierta de madera resinosa. Entraron en una alameda de plátanos, en cuyo fondo se distinguía la fatal hoguera, cuyas llamas parecían levantarse hasta las nubes. Al verla, se estremeció Zuma horrorizada; el recuerdo de su esposo y de su hijo dió lugar al espanto; no tuvo mas idea que la de su próxima destruccion, y no vió mas que una muerte inevitable bajo el aspecto mas imponente. Sus fuerzas la abandonaron; su sangre helada no circulaba ya por sus venas; su rostro se cubrió de una palidez mortal, y aun que sin perder el sentido, cayó en brazos del sacerdote, quien á pesar de sus protestas secretas, siempre vagas la escitaba al arrepentimiento. «Zuma, dijo Mirvan, nuestra muerte no va á ser dolorosa; mira esos torbellinos de humo; quedaremos ahogados en un momento.—¡Oh! contestó Zuma con voz apagada, yo no veo mas que fuego... mas que llamas!»

Mientras tanto iban avanzando, y cada paso, aproximando á Zuma á su último momento, aumentaba su invencible terror. Ya se veía distintamente á los indios, consternados y taciturnos, colocados alrededor de la hoguera, llevando en señal de luto una rama de ciprés; la guardia española los rodeaba. De pronto se oyeron gritos lejanos; un caballero apareció corriendo á escape y gritando: «¡Deteneos, deteneos, la vireina lo manda, ella viene!»

Al oír estas palabras, todos se pararon; Zuma juntó las manos para implorar al cielo; pero su alma, abatida por el terror, no pudo aun recobrar la esperanza. Por fin se divisó la camilla de la vireina; los esclavos, escitados por ella, apresuraron el paso; pronto alcanzaron á los desgraciados esposos y se pararon junto á ellos: la guardia española acudió, colocándose alrededor de la vireina; los indios se acercaron, formando un semicírculo en frente de ella, y entonces levantando su velo y descubriendo su rostro pálido, aunque lleno de dulzura y de encanto, la vireina dijo: «Yo no tengo derecho

de otorgar el perdón, pero estoy segura de que el virey me lo concederá. Mientras tanto, acojo bajo mi protección y bajo mi guardia á esos dos desgraciados; romped sus cadenas, apagad esa horrible hoguera, que nunca se hubiera encendido, si hubiese yo sabido antes lo que pasaba.»

Al oír estas palabras, todos los indios, arrojando las ramas de ciprés, gritaron repetidas

pondo ante el juez Supremo, que nos ha de juzgar á todos. ¡Dejadlos aquí, ellos van á abrirme las puertas del cielo!—¡Dios mío! contestó Beatriz, no puedo veros en los brazos de los monstruos que os han envenenado!—¿Dónde podría yo estar mejor en este momento? prosiguió la vireina. En el seno de la amistad sentiría tan solo penas superfluas; pero estas manos trémulas que estrecho entre las

mias, fortifican mi ánimo; la presencia sola de estos desgraciados vierte en mi alma la quietud y la seguridad.—¡Oh bienhechora mía! dijo Zuma, sofocada por las lágrimas; si el cielo cumple mi última esperanza, verán entonces si la desventurada Zuma os ama; ¡no, no podré sobreviviros!»

Estas palabras hicieron estremecer á Beatriz, que exclamó: «¡Detestable hipocresía!—No los insulteis, interrumpió la condesa, ya se arrepienten; mirad corred sus lágrimas.... Zuma, vos cuyo hermoso rostro anuncia una alma celeste, vos á quien tanto he amado, no creais que pueda conservar contra vos el menor resentimiento. A ambos os miro como el instrumento de mi eterna felicidad; os perdono con todo mi corazón: ¡quiera Dios que volvais á mi religion con igual sinceridad!»

Zuma, fuera de sí, iba á hablar y quizá á revelar parte del secreto, que la atormentaba mucho mas que cuando tan solo tenia que defender su vida; pero Mirvan la previno: «¡Zuma, le dijo éste, guardemos por siempre el silencio, la voz de la vireina hará bajar del cielo la verdad; confiemos en el Dios que ella invoca; él salvará sus preciosos días, y nosotros quedaremos justificados!»

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento de verdad tan solemne, que Beatriz misma quedó sorprendida. La vireina interrogó á Mirvan, mas fue en vano; éste le suplicó que le dispensara si no respondía, y durante dos horas guardó el mas profundo silencio.

La vireina habia enviado un correo al conde para informarle de lo que habia hecho y para que volviera en seguida; extrañando que aun no hubiera llegado, se disponía á mandar á otro correo, cuando se oyó un rumor extraordinario en el patio de palacio, que parecia anunciar la alegría. Un momento despues, distinguió la condesa la voz del virey; hizo abrir la puerta gritando: «¡Perdón para los culpables!—¡Ellos son vuestros libertadores! contestó el virey al entrar en el aposento. Todos quedaron petrificados. El conde traía á un niño en sus brazos. Zuma lanzó un grito de alegría; era su hijo. El virey se avanzó hacia ella, depositó al niño en su seno y se prosternó á sus



Los piratas manoanos.

veces ¡viva la vireina! Ximeo se lanzó fuera de las filas exclamando: «¡Sí, la vireina vivirá!» Zuma cayó de rodillas y dijo: «¡Dios omnipotente, concluye tu obra!»

La condesa mandó á Mirvan y á Zuma que la siguieran, y haciendo que se pusieran junto á la camilla, se volvió á palacio, acompañada de un gentío inmenso, que bendijo con entusiasmo su clemencia y su bondad. En cuanto llegó á palacio, se echó en la cama, mandando á los dos esposos que se colocaran á la cabecera. El movimiento, la fatiga y la emoción que acababa de experimentar, habian agotado sus fuerzas de tal modo que creyó llegar á su última hora; tendió una mano á Mirvan y otra á Zuma que la estrechó entre las suyas, arrojándose y derramando copiosas lágrimas.

No pudiendo Beatriz soportar tan desgarradora escena, quiso que los dos indios fueran conducidos á una habitacion contigua. «No, no, dijo la vireina; yo respondo de ellos, res-

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

SEMANARIO POPULAR,

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO Á TODOS LOS GUSTOS

Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

BAJO LA DIRECCION LITERARIA

DE

D. FLORENCIO JANER.

AÑO SEGUNDO.-1863.



MADRID

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG,

CALLE DEL PRINCIPLE, NÚM. 4.

1863.

Ayuntamiento de Madrid

CASPAR Y ROIG EDITORES.

SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS

Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

ALTO LA FORTUNA, LITOGRAFIA

D. FLORENCIO JANEZ.

AÑO SEGUNDO.-1863.



MADRID

IMPRESA Y LIBRERIA DE CASPAR Y ROIG.

1863.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

- Núm. 1.—Pág. 1.—El Semanario Popular, en su año segundo.—Las víctimas ilustres: Carlos I de Inglaterra.—Amor de boardilla, por Emilio de Mozo Rosales.—El sultan Murad y el Dervish.—El arpa maravillosa, poesía popular antigua de Dinamarca.—El caballero y la joven, leyenda polaca, por Adam Mickiewicz.—La caridad, por José Vileta.—El arroyo, poesía sueca, por Runeberg.—La ciudad de Berlin.—Historia natural: el camello.—El filósofo y la hechicera, cuento, traducido directamente del ruso, por Nicolás Gogol.—Poesía popular española, romance tradicional.—Anécdotas.—Pensamientos.—Advertencia.
- Núm. 2.—Pág. 9.—La agricultura en España, por Florencio Janer.—Amor de boardilla. (Conclusion), por Emilio de Mozo Rosales.—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés), por Jorge Augusto Sala.—Las cátedras de lengua universal.—Viaje por mar, canción popular de Dinamarca de la edad media.—La religión de las flores, por José C. Bruna.—El filósofo y la hechicera, cuento, traducido directamente del ruso, por Nicolás Gogol.—Revista de modas, por Adela.—Revista de teatros, por Bonifazio Stiffelio.—Actualidades.
- Núm. 3.—Pág. 17.—Del eclecticismo filosófico, científico y literario, por Félix Janer.—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—El monte de San Bernardo.—Revista de Marsella.—El ave lira.—El ciprés, por Melchor de Palau.—El teólogo inglés William Laud.—El Ateneo catalán de la clase obrera.—El filósofo y la hechicera, cuento, traducido directamente del ruso. (Continuación), por Nicolás Gogol.—Pensamientos.—Cantares, por Melchor de Palau.—Malmsten, poesía popular sueca de la edad media.—Revista de teatros, por Bonifazio Stiffelio.—Refranes higiénicos.
- Núm. 4.—Pág. 25.—Del eclecticismo filosófico, científico y literario. (Continuación), por Félix Janer.—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—El filósofo y la hechicera, cuento, traducido directamente del ruso. (Continuación), por Nicolás Gogol.—Los viajes de las codornices.—Atenas.—Doña Margarita de Austria.—Consejos a las niñas.—Un recuerdo: A mi madre, por Antonio Perez Rioja.—Revista de Londres, por J. de Q.—Lecobide en Arrigorriaga, balada vascocongada, por Vicente Arana.—Revista de teatros, por Bonifazio Stiffelio.—Noticias y curiosidades.
- Núm. 5.—Pág. 35.—Jueves Santo.—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—El filósofo y la hechicera, cuento, traducido directamente del ruso. (Continuación), por Nicolás Gogol.—Los viajes de las codornices. (Conclusion).—El mal apóstol, por Angel Lasso de la Vega.—Conocimientos industriales: Aplicación de la fotografía a la copia de planos.—Revista extranjera.—Actualidades.
- Núm. 6.—Pág. 41.—Jardines botánicos, por Miguel Colmeiro.—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—El filósofo y la hechicera, cuento, traducido directamente del ruso. (Continuación), por Nicolás Gogol.—Una recepción oficial entre las tribus negras del Africa.—A Emilia Gr... por D. C.—Modas y conversaciones de salón, por Adela.—El joven de Rosengard, poesía popular sueca de la edad media.—El general don José Manso.—Sin consuelo, balada, por F. Muñoz y Ruiz.—Refranes higiénicos.
- Núm. 7.—Pág. 49.—Jardines botánicos. (Conclusion), por Miguel Colmeiro.—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—El filósofo y la hechicera, cuento, traducido directamente del ruso. (Continuación), por Nicolás Gogol.—Fuego y humo, balada, por M. Ossorio y Bernard.—Historia natural: carnero con velos.—Una cura maravillosa, por el Curioso Madrileño.—Revista de teatros, por Bonifazio Stiffelio.—El pez, por José C. Bruna.—El Asa, por Enrique Heine.—El amor del desierto, por S. Molgosa.—La esperanza y el recuerdo, por lord Byron.
- Núm. 8.—Pág. 57.—Romance español contemporáneo.—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—El filósofo y la hechicera, cuento, traducido directamente del ruso. (Continuación), por Nicolás Gogol.—Los peules de Kuar en el Africa occidental, por A. Raffanel.—Estudios morales: la caridad, por Magin Bertran.—Tafel y Adelina: balada popular sueca de la edad media, por A. F.—A la memoria de Alejandrina, por el conde de Fabraquer y E. S.—La despedida española al Pacífico.—Bibliografía.
- Núm. 9.—Pág. 65.—El Dos de Mayo de 1808, por el conde de Toreno.—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—El filósofo y la hechicera, cuento, traducido directamente del ruso. (Conclusion), por Nicolás Gogol.—Los aniteatros de la antigüedad.—Las willis, (traducción del polaco), por Adam Mickiewicz.—El tren-mujer, por Rafael García Santisteban.—Historia natural: la esponja.—Pensamientos.
- Núm. 10.—Pág. 75.—La China y las potencias cristianas, por Florencio Janer.—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—Historia natural: Áscaño ó nariz blanca.—El mes de Mayo: Himno a la Virgen, por Fernando Sellarés.—Las vueltas a San Anton, romance, por Enrique del Castillo y Alba.—Los combates en los aniteatros romanos.—El judío Samuel Ebn'Adia, por F. J. Simonet.—La choza: (remitido por José Oriol Molgosa).—Revista de Madrid.—Cantares, por Melchor de Palau.—Pensamientos.
- Núm. 11.—Pág. 81.—Estudios filosóficos: la voluntad intelectual, por F. A. Nuszlein.—De Madrid a... el confin mas remoto del mundo, por José Maria Cuenca.—El Africa.—Arqueología.—Los reptiles: (heloderma horridum).—La toma de Ciurana: (leyenda tradicional), por Manuel Milá y Fontanals.—Letrilla, por Enrique del Castillo y Alba.—El afecto.—Fenómenos físicos, por Fernando Sellarés.—Refranes higiénicos.
- Núm. 12.—Pág. 89.—Importancia de la estadística, por Jimeno Agius.—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—El judío Samuel Ebn'Adia. (Conclusion), por F. J. Simonet.—Las grandes capitales, por Mauricio Block.—Noches de invierno: a un amigo, por Angela Grassi.—El cardenal Granvela, por L. M. R. C. D.—Actualidades.
- Núm. 13.—Pág. 97.—Importancia de la estadística. (Conclusion), por J. Gimeno Agius.—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—Las willis, tradición húngara, por el conde Mailath.—Don Jaime el Conquistador.—Viaje interrumpido en el Africa.—Intereses internacionales del mes de mayo.—Manzanares y Lozaya, por José Gonzalez de Tejada.—Neerolofia: Miguel Agustín Príncipe.—Los europeos en el Japon, por Sinibaldo de Mas.—La gota de rocío, por J. Vileta.—Plantas útiles y hermosas.—Los caprichos de la suerte: Fábula, por Miguel Agustín Príncipe.—Pensamientos.—Refranes higiénicos.
- Núm. 14.—Pág. 105.—La procesion del Corpus en Madrid en tiempo de Felipe IV.—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—Los europeos en el Japon. (Conclusion), por Sinibaldo de Mas.—El puente de cuerdas en Colombia.—Lord Falkland.—Vich religiosa y científica, por Magin Bertran.—La embajada turca de 1791.—A las lindas catalanas: (traducción de una poesía catalana), por Dámaso Calvet.—Una madre: (tradición popular antigua de Dinamarca). El centinela de Potomac.—Las corridas de toros a fines del siglo pasado.—Mr. Blondin.—Soneto: por L. M. Ramirez y de las Casas-Deza.
- Núm. 15.—Pág. 115.—Resurrección material de España, (traducción del inglés).—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—Las corridas de toros a fines del siglo XVIII. (Conclusion), por Nicolás Fernandez Moratin.—El árbol de la rigidez, (remitido), por José Oriol Molgosa.—La ciudad de Munich.—Propiedad de las voces vascocongadas, por Vicente C. de Arana.—Recuerdos, por Manuel Valcárcel.—Del alemán, por Enrique Heine.—Recuerdos de Tarragona: Santa Ursicina, por J. Aulestia.—Conocimientos científicos: La aclimatación del gusano.—Los clavos de fundición.—El judío, por lord Byron.—Bernardino de Saint-Pierre.—El telégrafo eléctrico: soneto.—Dichos animosos.—Pensamientos.
- Núm. 16.—Pág. 121.—Resurrección material de España, (traducción del inglés). (Continuación).—Aventuras del (del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—Efectos de las guerras, por Fernando Sellarés.—El faisán Argos.—El puente del Inca.—A una nave... pirata, por M. Vazquez Taboada.—La última cacería, por A. de Lamartine.—La ciudad de Toledo.—Del alemán, por Enrique Heine.—Las riberras del Jordan, por lord Byron.—Conocimientos científicos: Las producciones antipodas.—La esperanza, por Francisco Vicens.—Refranes higiénicos.—Pensamientos.
- Núm. 17.—Pág. 129.—Resurrección material de España, (traducción del inglés). (Continuación).—Aventuras del hombre gordo, del hombre flaco y del hombre de la caja de hierro: (traducción del inglés). (Conclusion), por Jorge Augusto Sala.—Camilo Desmoulins.—La Australia Tropical.—Atentado contra Luis XV, por Roberto Francisco Damiens.—El trabajo y el descanso, por Fernando Sellarés.—La ciudad de Valencia.—La estrella, por lord Byron.—La esfinge del amor, por Enrique Heine.—Pensamientos.
- Núm. 18.—Pág. 157.—Resurrección material de España, (traducción del inglés). (Continuación).—El trabajo y el descanso. (Conclusion), por Fernando Sellarés.—Un recuerdo a las verbenas, por Enrique del Castillo y Alba.—El general Ortega.—Los nidos de los pajaros.—Atentado contra Luis XV. (Continuación), por Roberto Francisco Damiens.—Un amigo fiel, por Vicente de Arana.—Los árabes del desierto.—El alma, por lord Byron.—La luz y el arroyuelo, por José Vileta.—Pensamientos.
- Núm. 19.—Pág. 145.—Resurrección material de España, (traducción del inglés). (Conclusion), por Mauricio Block.—Los árabes del desierto.—Atentado contra Luis XV, por Roberto Francisco Damiens. (Continuación).—Legislaciones viciosas.—El mar, por Fernando Sellarés.—Modas y conversaciones de salón, por Adela.—¡Descansa en paz! a Regina, por José Vileta.—Revista de París, por César Duranger.—Méjico en tiempo de Motezuma.—Epigramas, por Miguel Agustín Príncipe.—Actualidades.—Refranes higiénicos.
- Núm. 20.—Pág. 155.—¿Habrá una lengua universal?—por Florencio Janer.—Atentado contra Luis XV, por Roberto Francisco Damiens. (Conclusion).—Méjico en tiempo de Motezuma. (Conclusion).—El mar, por Fernando Sellarés.—Brujas y duendes, fantasía por Adolfo Miralles de Imperial.—Los sepulcros.—Origen de los grandes hombres.—Epigrama, por Miguel Agustín Príncipe.—La pescadora, por Enrique Heine.—Bibliografía.—De Madrid a Nápoles.—Refranes higiénicos.
- Núm. 21.—Pág. 161.—Los dos océanos, por A. de Humboldt.—Modas y conversaciones de salón, por Adela.—La batalla de Lora, poema de Ossian.—Margarita de Austria.—Los sepulcros. (Conclusion).—De los habitantes del aire.—Bibliografía, por J. de Dios de la Rada y Delgado.—No te marcharás, por Adolfo Miralles de Imperial.—Pensamientos.
- Núm. 22.—Pág. 169.—Los dos océanos. (Conclusion), por A. de Humboldt.—El castillo de Bilbao, por Antonio de Trueba.—Las mujeres en París.—Las festividades de Pepe Patillas, por el Curioso Madrileño.—Juana de Arco.—El duque de Hamilton.—La expedición veraniega, romance, por Enrique del Castillo y Alba.—Cuentos morales, Delfina ó la cura feliz, por madama de Genlis.—El cazolazo, fábula, por Miguel Agustín Príncipe.—La lágrima y la sonrisa, por lord Byron.—Serenata, por Enrique Heine.—Cantares.—Pensamientos.
- Núm. 23.—Pág. 177.—La decadencia general de España en los siglos XVI y XVII, alcanzó también a las industrias agrícola y manufacturera? por Florencio Janer.—Cántabros y romanos, balada vascocongada, por Vicente C. de Arana y Arana.—Arquitectura musulmana en Egipto, por T. de José Pastor de la Roca.—Pinturas de la Alhambra.—Los últimos momentos de don Juan de Austria.—Cuentos morales, Delfina ó la cura feliz, por madama de Genlis.—El real palacio de Madrid.—La luz del hogar, por Herder.—Cantares.—Recuerdo, por lord Byron.—Refranes higiénicos.
- Núm. 24.—Pág. 185.—La decadencia general de España en los siglos XVI y XVII, alcanzó también a las industrias agrícola y manufacturera? por F. J.—La pesca de la ballena.—Cuentos morales: Delfina ó la cura feliz. (Continuación), por Mad. de Genlis.—La ciudad de Porto seguro.—Los iroqueses.—El pazán.—La industria en Pekin: Cuadro dividido en cuadrillos, por don José Gonzalez de Tejada.—Real palacio de Madrid. (Conclusion).—La orfandad, por don Juan Utrilla.—Despedida, por Luis Uhlend.—Tristeza, por lord Byron.—Pensamientos.—Cantares.
- Núm. 25.—Pág. 193.—Los ferro-carriles.—El sastre chino, por Carlos Muller.—El triunfo de la ciencia, por Angel Lasso de la Vega.—El memorialista, por Adolfo Miralles de Imperial.—La ciudad de Nápoles.—La ciudad de Vigo.—Carlos III y Gibraltar.—Cuentos morales: Delfina ó la cura feliz, por madama de Genlis. (Conclusion).—Torneos del siglo XV.—Los bailes de candel.—Refranes higiénicos.
- Núm. 26.—Pág. 201.—El pintor flamenco Enrique Van Steenwik.—Eglantina ó la indolente corregida, por A. F.—Estudios morales: la Caridad, por I. I.—Modas antiguas: el cabello en 1700.—El puente de Maldonado.—El galán de la villa, romance asturiano.—Pirámides de Egipto.—La ciudad de Tetuan.—La muerte de Viriato.—La cabeza y el gorro, fábula, por Miguel Agustín Príncipe.—La muerte del héroe, por lord Byron.—La ermita, por Luis Uhlend.—Cantares.—Pensamientos.—Refranes higiénicos.
- Núm. 27.—Pág. 209.—Escritores contemporáneos: Anto-

nio de Trueba, por F. Miguel y Badia.—Eglantina ó la indolente corregida. (Conclusion), por A. F.—Cabalga- ta del leon, por F. Freilgrath.—Romance asturiano. —La orden de la Banda.—Castigos antiguos.—La capi- tal de la antigua Grecia.—Los palmoteadores en París. —El gato negro, cuento, por Pedro Escamilla.—Jere- mías.—Pensamientos.—Aviso á los suscritores por se- mestres.

Núm. 28.—Pág. 217.—Escritores contemporáneos: Anto- nio de Trueba, por F. Miguel y Badia.—El gato negro, cuento. (Conclusion), por Pedro Escamilla.—La pisci- cultura, por D. O'Ryan de Acuña.—La ciudad de Bur- gos.—El que espera desespera, por Jacinto Labaila.— La rosa, por Herder.—Melodías hebraicas: Eternidad, por lord Byron.—El reptil y la chicharra, por M. O.— Bibliografía: De Madrid á Nápoles.—Pensamientos.— Zacatecas: danza habanera, por Florencio Lahoz.

Núm. 29.—Pág. 225.—Glorias nacionales: La conquista de Toledo, por F. Sawa.—El que espera, desespera, (Conclusion), por Jacinto Labaila.—La piscicultura, por D. O'Ryan de Acuña.—La convulsion, romance, por Enrique del Castillo y Alba.—Las monedas de oro. (Del Aleman).—Modas de la estación.—Las Estrellas, por J. Villeta.—La hija del Jefe, por lord Byron.—Ma- drigales, por Adolfo Miralles de Imperial.—Viñetas de las cántigas.—Un viajero sabio.—Pensamientos.

Núm. 30.—Pág. 233.—Pedro Calvo Asensio.—Glorias na- cionales: La conquista de Toledo. (Conclusion), por F. Sawa.—Las monedas de oro. (Del alemán). (Continua- cion).—El drama de 1793.—El horno de Nabuchodonosor.—Carlos Buenaventura Aribau.—La ciudad de Pa- via.—Eugenio y Leoncio ó el vestido de baile.—Epi- grama.

Núm. 31.—Pág. 241.—El Montenegro, la Herzegovina y la Servia.—Las monedas de oro. (Del alemán). (Con- clusion).—La Torre del Oro.—El Egipto antiguo.—Sue- ño fatal (nocturno), por Enrique Heine.—La Biblioteca del Vaticano.—Nostalgia: A las Hadas, por Benito Vice- to.—Conocimientos industriales: La economía en el gas. —La última canción, por Manuel Valcárcel.—Cuentos morales: Agradecimiento y probidad, por madama de Praslín.—A Gregoria, por M. M. G.—La noche oscura, fábula, por Miguel Agustín Príncipe.—Pensamientos.

Núm. 32.—Pág. 249.—El Montenegro, la Herzegovina y la Servia. (Conclusion).—Cuentos morales: Agradecimien- to y probidad. (Conclusion), por madama de Praslín.— Un desengaño, por Manuel Valcárcel.—Carlos II de Es- paña.—Edimburgo.—Don Pedro el Ceremonioso.—Una noche en la Selva Negra: Cuento de cocina.—Los ves- tidos de los animales.—A Concha, por M. V.—Las ni- ñas y la música: La Caridad por Adolfo Miralles de Imperial.—Tragedia, por Enrique Heine.—A. P., por M. V.—Pensamientos.

Núm. 33.—Pág. 257.—Las provincias rusas del mar Báltico.—Una noche en la Selva Negra: Cuento de cocina, por José Pastor de la Roca.—El descubrimiento de Ame- rica.—Los vestidos de los animales. (Conclusion).—Ma- tanzas.—El tribunal antiguo.—A mi esperanza, por Ma- nuel Valcárcel.—Un viaje á Madagascar.—Las ondinas, nocturno, por Enrique Heine.—Epigrama, por Adolfo Miralles de Imperial.—Obra interesante.—Cantares.— Refranes higiénicos.

Núm. 34.—Pág. 265.—Las provincias rusas del mar Báltico. (Conclusion).—El calderero: Cuentos morales, por madama de Genlis.—Felipe IV.—Un adiós á las ferias: romance, por Enrique del Castillo y Alba.—Acrocio de largas manos.—Tu mirar, por Manuel Valcárcel.— Duco.—Un viaje á Madagascar. (Continuacion).—Pensa- mientos orientales.—Refranes.

Núm. 35.—Pág. 273.—Las provincias rusas del mar Báltico. (Continuacion).—La emperatriz de Francia en Ma- drid.—La expedición científica al Pacífico, por Juan

Isern.—Un viaje á Madagascar. (Continuacion).—Las inundaciones y los cocodrilos.—El conde de Peñaranda.—El claro y el oscuro de la vida, por José C. Bru- na.—Una sociedad dramática, por Augusto Jerez Per- chet.—Cladobates ó tupaayas.—Sentencias antiguas.— Poesía alemana, por Enrique Heine.

Núm. 36.—Pág. 281.—Las provincias rusas del mar Báltico. (Continuacion).—Un viaje á Madagascar. (Con- tinuacion).—Siamanc.—La Suiza.—Serenata, por José Villeta.—Canto patriótico de la Mongolia.—Los baños de mar, por L. M. Ramirez de las Casas-Deza.—De la temperatura y su influencia en la agricultura.—Canta- res.—El caballero Olaf, nocturno, por Enrique Heine.— Epigramas, por Miguel Agustín Príncipe.—Guzman el Bueno.—La duda y la esperanza, por Adolfo Miralles de Imperial.

Núm. 37.—Pág. 289.—Las provincias rusas del mar Báltico. (Continuacion).—De algunas antigüedades egipcias, por Augusto Jerez Perchet.—Un viaje á Madagascar. (Conclusion).—El día de Todos los Santos: Romance, por Enrique del Castillo y Alba.—Luis I.—La ictiolo- gía de la edad media.—Dresde.—Actualidades.—Epi- gramas, por Miguel Agustín Príncipe.—Refranes hig- iénicos.

Núm. 38.—Pág. 297.—Las provincias rusas del mar Báltico. (Continuacion).—Miguel y Jacoba.—Arrepentimien- to, por Manuel Valcárcel.—La colonia de la Concep- cion.—La recomendación.—Holland.—Una madre pola- ca y su hijo, por J. Comings.—El hijo de la misericor- dia, por Herder.—Soneto, por Manuel Valcárcel.—E templo de Diana en Eborá.—Actualidades.

Núm. 39.—Pág. 305.—Las provincias rusas del mar Báltico. (Continuacion).—Pamela ó la adopcion feliz.—Los grandes y los pequeños vivientes: Los pájaros cantores, por Scheillín.—Los Girondinos.—El pelicano comun.—Sembrar para recoger, por Julio Nombela.—Las em- bajadas al Cid.—Cantares.

Núm. 40.—Pág. 313.—Las provincias rusas del mar Báltico. (Continuacion).—La Rosa de Ivry.—Pamela ó la adopcion feliz. (Continuacion).—Jerusalén cautiva, ele- gia, por Augusto Jerez Perchet.—Capeli.—A Jesús sa- cramentado: oracion, por Adolfo Miralles de Imperial.— Virtud: cantar por Augusto Jerez Perchet.—Eскурsion al Istmo de Suez.—El castillo de San Angelo.—A El- vira en su album, por don Manuel Breton de los Herre- ros.—Cantar del siglo XV á la Virgen, por Pedro Lopez de Ayala.—Epigrama, por Juan Tomás y Salvany.

Núm. 41.—Pág. 321.—Las provincias rusas del mar Báltico. (Continuacion).—La Rosa de Ivry. (Continuacion).— Pamela ó la adopcion feliz. (Conclusion), por madama de Genlis.—Eскурsion al Istmo de Suez. (Conclusion).—In- spiracion al cerdo, por Enrique del Castillo y Alba.— Rolowai ó Diana.—La rosa de Caldes, por Alpenburg.— El jardín zoológico.—Cantares, por Therenio Thos.—Anuncio.

Núm. 42.—Pág. 329.—Las provincias rusas del mar Báltico. (Conclusion).—La Rosa de Ivry. (Continuacion).— Viaje á Zanzibar.—Las dos vecinas, por Julio Nombela.—El compromiso de Caspe.—Los retratos del empera- dor Carlos V.—Los sellos antiguos.—En un album, por Manuel Valcárcel.—El llanto del soltero, soneto, por P. A. de Alarcón.—Anuncio.

Núm. 43.—Pág. 337.—Reforma e dila ley de inquilinatos, por Pelayo Massanet.—La rosa de Ivry. (Continuacion).—Compromiso de Caspe. (Continuacion).—Viaje á Zan- zibar. (Continuacion).—El palacio ducal de Venecia.— Trages militares del siglo XIII.—Granada: Oda, por Augusto Jerez Perchet.—Don Alonso de Alburquerque.— La Noche Buena, por Augusto Jerez Perchet.—Luz en la sombra, por Villeta.

Núm. 44.—Pág. 345.—Recuerdo de un viaje á la Tartaria y Thibet.—La rosa de Ivry. (Continuacion).—El com-

promiso de Caspe. (Continuacion).—Viaje á Zanzibar. (Conclusion).—El primer amor, por José Fernandez Bre- mon.—John Lilburne.—La guerra.—Madrigal, por Juan Tomás y Salvany.—Literatura alemana, por Enrique Heine.—La batalla de las Alpujarras.—En un album, por Antonio Guijora y Gomez.

Núm. 45.—Pág. 353.—Recuerdo de un viaje á la Tartaria y Thibet. (Conclusion).—La rosa de Ivry. (Continuacion).—El compromiso de Caspe. (Continuacion).—Los in- sectos y las mariposas en la antigüedad.—La Nueva Zelanda.—Revista cómica-profética, por Pedro F. Rey- mundo.—El casino de Rafael.—La muerte de Sócrates.— Cantares, por Therenio Thos.—Epigrama, por Mel- chor de Palau.

Núm. 46.—Pág. 361.—La abnegacion, por Silverio Ro- driguez Lopez.—La rosa de Ivry. (Continuacion).—El compromiso de Caspe. (Continuacion).—El tributo de sangre, poesia, por Ventura Ruiz Aguilera.—Carlos IV.—La Nueva Zelanda. (Continuacion).—Soneto, por Ma- nuel Maria Guillen.—Serranilla, por el marqués de Santillana.

Núm. 47.—Pág. 369.—El hombre y el papel, por Carlos Muller.—La rosa de Ivry. (Continuacion).—El compro- miso de Caspe. (Continuacion).—La Nueva Zelanda (Con- clusion).—El baño, poesia, por José Fernandez Bremon.— Los derviches.—Las palmipedas.—El pastor.—A Do- lores, serenata, por Manuel Maria Guillen.—Cantares por Therenio Thos.—Perlas y avellanas, cuento orien- tal, por Luis Rivera.—Refranes antiguos.

Núm. 48.—Pág. 377.—Conocimientos industriales: El vidrio soluble, por Skroeder.—La rosa de Ivry. (Con- tinuacion).—El compromiso de Caspe. (Continuacion).— Serenata morisca, por Augusto Jerez Perchet.—La ro- meria de Kevlaar, nocturno, por Enrique Heine.— Asalto de Tarragona.—El castillo de Monjuich en Bar- celona, por Jaime Balmes.—La felicidad, por Adolfo Miralles de Imperial.—El Vesubio.—La aquimenes multiflora.—A... por Manuel Maria Guillen.

Núm. 49.—Pág. 385.—Utilidad de la gimnasia, por A. de Vignolles.—La rosa de Ivry. (Continuacion).—El compromiso de Caspe. (Continuacion).—Modas de la es- tacion.—El rinoceronte de las Indias.—A la memoria de don Buenaventura Carlos Aribau, por J. Coll y Vehí.— La caza de los castores.—Cancion, por Juan II (de Castilla).—Los duques de Orleans.—Bello ideal! ilu- sion, por Adolfo Miralles de Imperial.—Mossen Diego de Valera.—Actualidades.—Refranes antiguos.

Núm. 50.—Pág. 393.—El arte dramático, entre los sia- meses.—La rosa de Ivry. (Conclusion).—El compromiso de Caspe. (Continuacion).—La aldea de Dagana.—La li- mosna.—La isla Pieton.—En el campo, por Augusto Jerez Perchet.—Nocturno: el rey Harald Harfagar, por Enrique Heine.—¿Quién es ella? letrilla, por Adolfo Miralles de Imperial.—Cuentos morales: Zuma ó el descubrimiento de la quinina, por madama de Genlis.— El premio, wals, por Florencio Lahoz.

Núm. 51.—Pág. 401.—El avestruz de Africa.—El com- promiso de Caspe. (Conclusion), por Florencio Janer.— Cuentos morales: Zuma ó el descubrimiento de la qui- nina. (Continuacion), por madama de Genlis.—A mi her- mana Eloisa: Aly-Aihar: Romance morisco, por Adolfo Miralles de Imperial.—El duque de Vendome.—Glorias de la vida, por Adrian Viudes Giron.—Nocturno, (del ale- man), por Enrique Heine.—Francfort sobre el Main.— Soneto, por Manuel Maria Guillen.—Las dos hermanas, por Melchor de Palau.—Deirios, por Manuel Valcárcel.— Publicacion baratasima.

Núm. 52.—Pág. 409.—Cuentos morales: Zuma ó el des- cubrimiento de la quinina. (Conclusion), por madama de Genlis.—Los piratas manoanos.—Oracion al ama- necer por Adolfo Miralles de Imperial.—El pangolin de Africa.—Enriqueta de Francia.—El templo de los incas.

pies. Ximeo le seguía; se acercó, y dirigiéndose á Mirvan, dijo: «Ya puedes hablar; con el consentimiento de todos los indios, el secreto se ha revelado ya, todos hemos tomado polvos en presencia del virey, y él mismo ha querido tomarlos también antes de venir aquí.»

Al oír estas palabras, Zuma arrebatada estrechó á su hijo entre sus brazos, dando gracias al cielo; Mirvan, abrazó á su padre; la condesa hizo á la vez mil preguntas, y el virey, tomando la palabra, contó rápidamente cuanto los indios le habían revelado. «¡Dios omnipotente! exclamó la condesa, abrazando tiernamente á Zuma, ¡esta angélica criatura se sacrificaba por mí, y querían inmolarla! ¡Cuando acometía una acción tan sublime, se la acusaba de semejante crimen!—Y el terror que estos infelices héroes abrigan por la vida de su hijo, prosiguió el virey, les ha hecho sobrellevar con invencible constancia la venganza, la ignominia y el aspecto de una muerte horrible!—¡Ah! dijo Zuma, la vireina ha hecho aun más que nosotros: creía que éramos unos monstruos de ingratitud y de perfidia, autores de sus padecimientos, y sin embargo nos ha protegido, libertado y acogido en su palacio!...—Ahora va á recibir, lo mismo que vosotros, prosiguió el virey, el premio de tantas virtudes; vais á curarla!... Hé aquí dos dosis de los polvos bienhechores, una para Zuma, otra para la vireina.»

El virey, al pronunciar estas palabras, echó él mismo la quinina en dos copas: Zuma bebió la primera, y la condesa quiso tomar de su propia mano la bebida saludable. Todo el mundo prorumpió en lágrimas; la vireina, reanimada ya por la alegría y la esperanza, recibía con encanto los tiernos abrazos de su



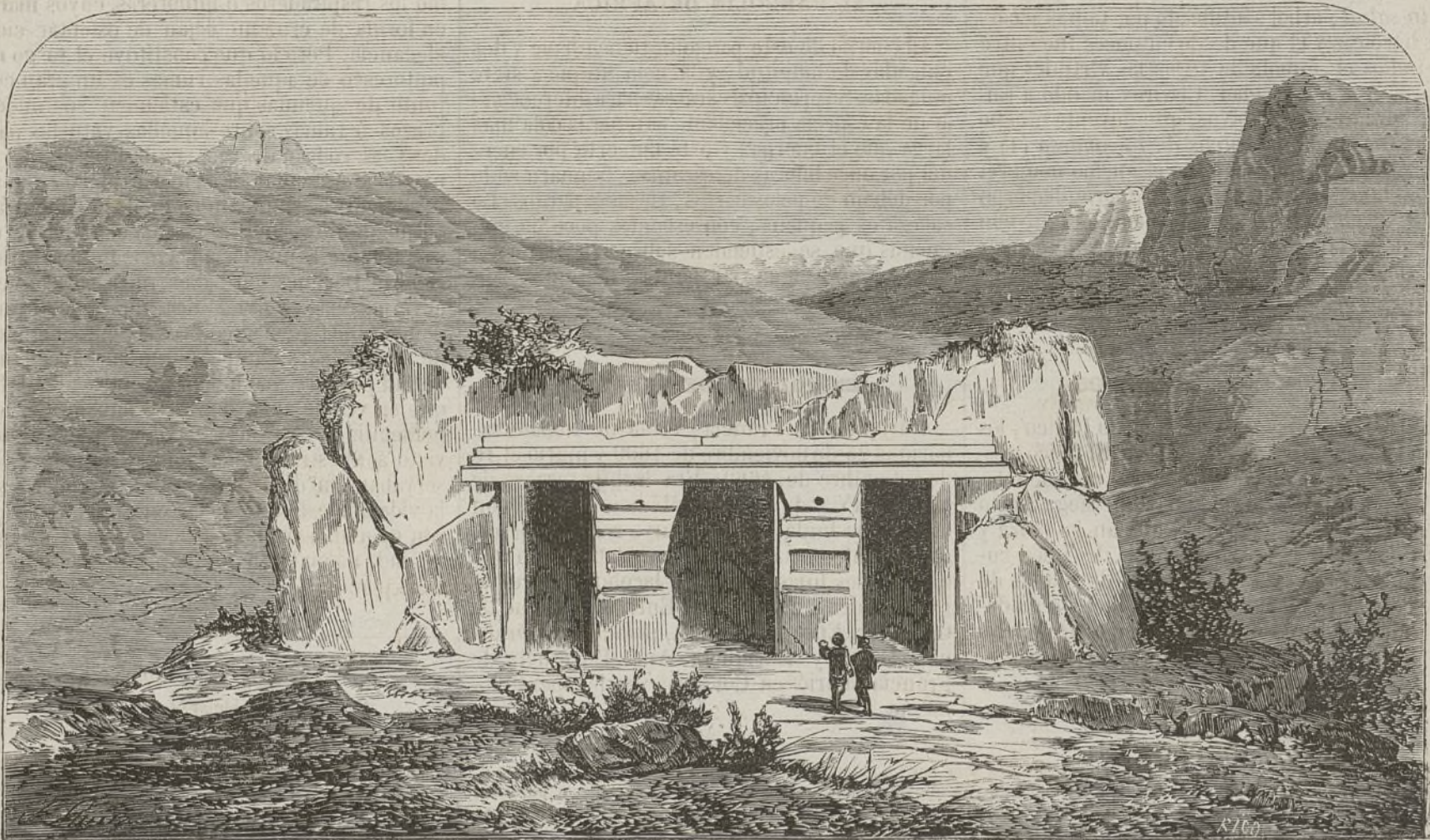
Enriqueta de Francia.

esposo, de Beatriz y de la afortunada Zuma; cogió al hijo de ésta y le prodigó las más dulces caricias, prometiendo que sería para él en lo sucesivo su segunda madre.

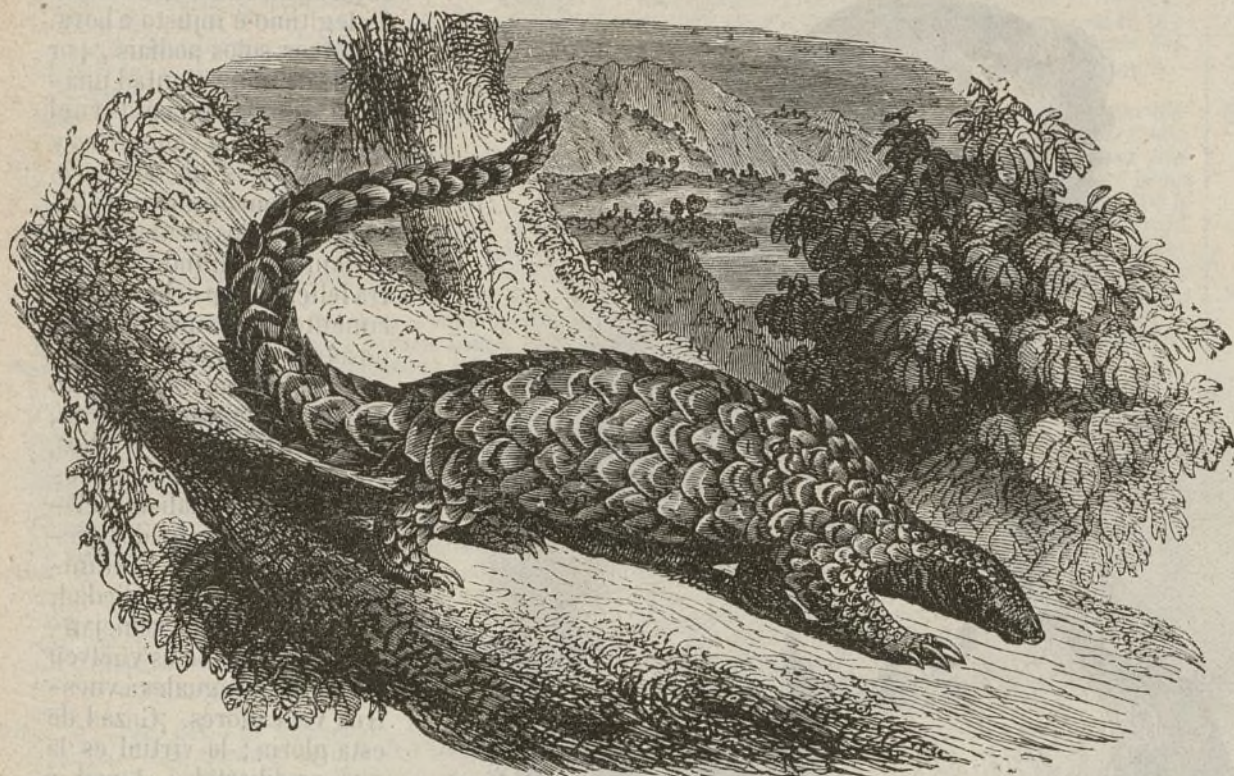
Beatriz y las demás damas españolas rodearon á Zuma; no se cansaban de contemplarla y de admirarla. Beatriz la besó apasionadamente la mano, aquella mano bienhechora que ella misma había acusado de tan horrible crimen. En medio de semejante entusiasmo, cogió el virey á Mirvan y á Zuma de la mano, y llevándolos á un balcón que daba á una gran calle llena de españoles y de indios, gritó en voz clara: «¡Hé aquí las víctimas voluntarias de agradecimiento y de la santidad de sus juramentos! ¡Indios, sus sublimes virtudes y

las de la vireina os han hecho abjurar un odio en otro tiempo legítimo é injusto a hora. Vosotros solos podíais, por medio de una voluntad unánime, romper un voto cruel formado por la venganza, y ya lo habeis hecho: érais nuestros enemigos secretos y ahora sois los bienhechores del antiguo mundo. Vuestra felicidad no debe ser solamente en lo sucesivo para nosotros un deber de humanidad, sino también un deber de agradecimiento, que yo cumpliré. Indios, vosotros que en esta memorable asamblea habeis sacrificado tan arraigados resentimientos ante la admiración y la tierna piedad, indios, sois libres: semejantes sentimientos os vuelven dignos de ser iguales á vuestros vencedores. ¡Gozad de esta gloria; la virtud es la que os liberta!... Amad á vuestro soberano, sedle fieles; se os distribuirán tierras para que en ellas hagais florecer el árbol de la salud; considerad, al cultivarlo, que á vosotros es á quienes el universo deberá tan gran beneficio del Creador.»

Esta alocución escitó un entusiasmo universal, y el virey, queriendo terminar el día por el triunfo de Zuma, mandó que la vistieran con telas magníficas: se colocó sobre un palanquin ricamente adornado, y todas las damas de la vireina, y también Beatriz, formaron su séquito; la guardia de honor de la vireina la acompañó; un heraldo á caballo precedía la comitiva gritando: «Hé aquí á Zuma, esposa del virtuoso Mirvan, y libertadora de la vireina.» Zuma sentada en almohadones de oro, llevaba sobre las rodillas á su hijo y en una mano una rama del árbol de la salud. De esta manera recorrió las principales calles de Lima, escuchando las aclamaciones de todo el pueblo, que se precipitaba en masa á verla



El templo de los Incas.



El Pangolin de Africa.

y á bendecirla. Cuando Zuma volvió á palacio, la llevaron á donde estaba la vireina, y después á un hermoso aposento preparado para ella y para su esposo. Allí encontraron criados á su servicio, porque en adelante iban á ser tratados como los mas íntimos y mas queridos amigos de la condesa. Por la noche se iluminó la ciudad y todos los patios de palacio, y en los jardines se pusieron mesas suntuosamente servidas para los indios.

La fiebre de la vireina desapareció por completo; al cabo de ocho días estaba ya casi restablecida. En la misma plaza donde se había levantado la fatal hoguera, mandó poner el virey un obelisco de mármol blanco, en el cual se leían estas palabras, grabadas con letras de oro:

A ZUMA
AMIGA LIBERTADORA DE LA VIREINA
Y BIENHECHORA
DEL ANTIGUO MUNDO.

A cada lado del obelisco, se plantó un árbol de la salud, árbol santificado por tantas acciones heroicas y el que desde entonces fue entre los indios el símbolo de todas las virtudes que honran á la humanidad. El virey mandó á Europa tan preciosos polvos, que durante mucho tiempo se llamaron *polvos de la condesa* (1) y que conservan aun en latin el mismo nombre.

Los honores y la fortuna no enorgullecieron jamás á la generosa Zuma: amada siempre con pasión de la vireina, fue siempre digna por sus virtudes de su gloria y de su felicidad.

MADAMA DE GENLIS.

LOS PIRATAS MANOANOS.

Entre los piratas del archipiélago Indico, los manoanos han sido muy temidos. El único vestido de las mujeres consiste en un trozo de tela, sujeta por debajo del pecho y que llega hasta las rodillas. Los hombres empuñan la lanza y el campilan, y visten una especie de cota ó coraza de cuero, y á veces cotas de mallas de hierro enlazadas con trozos de concha ó madera. En la cintura llevan una especie de cuchillo ó crik, y en la cabeza un sombrero ó turbante.

(1) Histórico.

ORACION AL AMANE CER.

Ya el astro del día
Se eleva luciente,
De Dios prepotente
Mostrando el saber.
Pidámosle todos
En ruego ferviente
Perdone clemente
Las faltas de ayer.

La tierra le alabe,
Le ensalce ese cielo,
Su místico velo
Le oculte al mortal.
Cantemos sus glorias
Con fervido anhelo;
Pidamos consuelo
Y alivio en el mal.

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

EL PANGOLIN DE AFRICA.

El cuerpo de este pangolin tiene un pie y dos pulgadas de longitud, y la cola un pie y siete pulgadas. Su principal carácter para diferenciarlo de la especie precedente es tener la cola mas larga que el cuerpo, y éste cubierto por encima por once hileras de escamas, y guarnecido por debajo de pelos cortos, tiesos y pardos. La cabeza es pequeña, con escamas poco desenvueltas que se extienden sobre el hocico. La cola es obtusa en su punta, las uñas son pardas.

ENRIQUETA DE FRANCIA.

Enriqueta de Francia, reina de Inglaterra, nació el 25 de noviembre de 1609 y murió el 10 de setiembre de 1669. Era la hija tercera de Enrique IV y de María de Médicis, y casó con Carlos I de Inglaterra, en cuyo reinado ejerció grande influencia. Tuvo de su matrimonio tres hijos y tres hijas: Carlos y Jacobo, que reinaron uno después de otro, Enrique, duque de Gloucester, Enriqueta María, princesa de Orange, Isabel y Enriqueta Ana. Enriqueta de Francia murió en Colombes casi repentinamente.

EL TEMPLO DE LOS INCAS.

Así describe el templo de los incas en la isla de Coati, en la América central, un inteligente viajero:

«El templo se halla á la parte opuesta de la isla, que consiste en una prolongada cima de medio cuarto de legua de anchura y de unos tres cuartos lo mas de estension. En la cúspide, las queñuas son mas abundantes y vienen á formar casi un bosquecillo; rodean asimismo las ruinas que no pueden verse bien sino desde la parte que da frente al lago; y esas mismas queñuas han llegado á invadir hasta los mismos santuarios en que sin duda se reunían en otro tiempo los adoradores de Diana. Nada mejor podia encontrar para desquitarme de la pequeña decepcion que habia experimentado en Titicaca, que la vista de aquel curioso edificio, si bien éste no es tan rico en piedras de cantería como los otros. El templo se halla edificado sobre un escalon natural de la montaña, y partiendo de aquel punto, el terreno que va descendiendo sin interrupcion hasta el agua está dividido artificialmente en una serie de escalones sostenidos por sólidos muros, de los cuales uno solo es de piedra cantería. Algunas partes del edificio se encuentran perfectamente conservadas, á escepcion de los techos, y parecen haber sido restauradas en los tiempos modernos si se ha de juzgar por el estuco que las cubre. Su figura en lo general es un cuadrilongo, con vistas al lado del lago; ostenta en su recinto un estenso patio de cuarenta á cincuenta metros de longitud por unos veinte y cinco de anchura, y al cual vienen á dar las muchas celdas ó habitaciones que constituyen la subdivision de la parte interior. La mayor parte de aquellas celdas llaman la atencion por el sinnúmero de nichos ó cavidades que se observan en sus paredes, y que deben haber servido sin duda alguna para colocar los ídolos del culto lunar, esto es, los santos de aquella época. En algunas de ellas parece que se descubre el sitio en que estuvo colocado un altar: otras, por el contrario, presentan el aspecto de un calabozo, en donde quizá encerraban á las víctimas hasta que llegaba el momento del sacrificio. Los pórticos llaman en gran manera la atencion por el extraño orden de su arquitectura en que se ha tratado de reemplazar la bóveda sin haber podido conseguirlo, y asimismo los respiraderos ó lumbreras, cuyos marcos en forma de cruz no dejan de ostentar cierta elegancia. Pero lo que constituye el rasgo mas pintoresco de aquellas ruinas es un gran conjunto de queñuas que estienden sus nudosos brazos ó ramas sobre aquellas vetustas paredes y las rodean de una sombra perpetua, viniendo á aumentar así la melancolía de que naturalmente se siente uno poseído al encontrarse en medio de recuerdos de una especie tal, que solo traen á la memoria las mas funestas tradiciones. Después de haber recorrido aquellos curiosos restos volví á dirigirme á la playa en donde habia quedado mi balsa, embarcándome de regreso para Zampaya, no sin haber lanzado mil pestes y maldiciones contra mis indios, que en vez de aguardarme se habian lanzado á perseguir los carneros salvajes que habíamos visto á nuestra venida; pero éstos, que conservaban sin duda alguna vagos recuerdos de la vida doméstica y de sus encantos, no creyeron oportuno dejarse coger, lo cual, á decir verdad, no pudo menos de producirme un sensible placer.»

Por todo le no firmado J. GASPAR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cámen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Geronimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Mathen. En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.